



EL SENTIMIENTO DE INSEGURIDAD

sociología del temor al delito

gabriel kessler

EL SENTIMIENTO DE INSEGURIDAD

sociología del temor al delito

gabriel kessler



siglo veintiuno
editores

4. Las paradojas de la inseguridad revisitadas

En el capítulo anterior presentamos los relatos de la inseguridad que son marcos generales de explicación y orientación para la acción. En este capítulo abordaremos los ejes en torno a los cuales se ha estructurado el campo de estudios del miedo al crimen. En efecto, gran parte de las investigaciones se orientaron a la verificación, y el posterior intento de resolución, de una serie de paradojas. ¿Por qué el temor es, en apariencia, más acentuado en ciertos grupos menos victimizados, como mujeres y adultos mayores, mientras que es más bajo en los jóvenes y varones, que, de hecho, son los más atacados? ¿Cómo es posible que ser víctima de un delito no implique necesariamente más temor? Parte de la producción teórica intentó encontrar la lógica de esas paradojas con una estrategia metodológica similar: poner en relación el temor de cada grupo con sus tasas de victimización y, al develar la debilidad de la correlación, introducir hipótesis alternativas que expliquen hallazgos a menudo contraintuitivos.

En este capítulo retomaremos las categorías de sexo, victimización y edad, a las que agregaremos las diferencias según clase social, cotejando el caso argentino con las evidencias acumuladas en los estudios cuantitativos internacionales. En forma articulada, el abordaje cualitativo nos permitirá revelar otras dimensiones del problema. En el capítulo anterior indicamos que las experiencias de clase influían, aunque no de un modo unívoco u homogéneo, en los tipos de relatos esgrimidos. En éste revisaremos cada una de esas categorías, procurando elucidar qué rasgos particulares de la experiencia ligada a ellas opera de modo tal que produce configuraciones diferentes en el sentimiento de inseguridad.

DISTANCIAMIENTO Y PROXIMIDAD

El temor al delito no es privativo de ninguna clase social. Las tendencias no son muy definidas y cambian según el país y las ciudades. En la Argentina, los datos sugerirían que en la ciudad de Buenos Aires sería más intenso en los estratos más desfavorecidos, mientras que en el conurbano bonaerense y en Mendoza no habría contrastes significativos.⁷³ En los países centrales también las evidencias son dispares, aunque en conjunto se inclinan más por la hipótesis de que hay un mayor temor en los estratos más pobres (Hale, 1996). Esto se explicaría, sobre todo, por factores ambientales, como el hecho de vivir en barrios menos protegidos, la mayor vulnerabilidad social y, en especial, la baja confianza en la policía; por variables psicológicas, como la sensación de impotencia, de estar a merced de otras personas más poderosas, y una tendencia al fatalismo, y, por último, por razones económicas ligadas a la mayor dificultad de reponer lo eventualmente robado (Sacco y Glackman, 1987).

Los estudios cualitativos locales, por su parte, se han interesado más en el temor de los más pudientes, una de cuyas evidencias sería salir de las grandes ciudades para desplazarse hacia las crecientes urbanizaciones privadas (Svampa, 2001 y 2004), y otra, su protagonismo en las movilizaciones masivas por la seguridad, en particular en torno a la figura de Juan Carlos Blumberg (Calzado, 2008).⁷⁴ Ante todo, ¿qué sucede con las tasas de delito en los distintos estratos? La encuesta nacional de 2005 indica una mayor tasa de victimización en los estratos más altos de la Capital Federal, Mendoza y Gran Buenos Aires.⁷⁵ Por su parte, la encuesta

73 Según datos para 2005 de la Encuesta de Victimización Nacional, en la ciudad de Buenos Aires el 23,5% del estrato alto y el 32,1% de los entrevistados que vivían en hogares de sectores bajos expresaban un alto temor. En el Gran Buenos Aires estos valores eran 34% y 31,9%, respectivamente.

74 Para un análisis y una crónica del hecho, véase Guagnini (2005).

75 La tasa de victimización general de Capital Federal era 29,4%. En el nivel socioeconómico bajo, 22,5%; en el medio, 30,2%, y en el alto, 35,6%. En Mendoza, el promedio fue 46,3%, 39,6%, 48% y 51 %, res-

de 2007 para la ciudad de Buenos Aires muestra que, si bien la tasa general era mayor en los estratos socioeconómicos más bajos, cuando se identificaba mediante un análisis de factores al grupo social con más probabilidad de ser víctima de un delito violento o patrimonial, resultaba ser el estrato alto que vivía fuera de los barrios más homogéneos de sectores medios-altos, donde había mayor agregación de protección pública y dispositivos privados. Por lo tanto, lo que se asocia más con la vulnerabilidad al delito no es la clase o la localización por separado, sino la conjunción de factores socioeconómicos y ecológicos.

No cabe duda de que, más allá de las intensidades y las tasas de delito, la clase o, en rigor, en el caso de los datos de las encuestas, el nivel socioeconómico,⁷⁶ interviene en el sentimiento de inseguridad; el punto es dilucidar de qué modo. Nuestra hipótesis, a partir del trabajo cualitativo, es que el eje diferenciador es lo que llamamos “distanciamiento y proximidad”, un factor que ya aparecía en los relatos de inseguridad pero que resulta particularmente rele-

pectivamente, y en el Gran Buenos Aires, 33%, 27,4%, 32,3% y 39,3%, respectivamente (Encuesta de Victimización Nacional, 2005).

- 76 Las encuestas utilizan indicadores de nivel socioeconómico. En la Encuesta de Victimización Nacional de 2005 se construyó la variable nivel socioeconómico de los hogares con las categorías alta, media y baja a partir de un índice compuesto por distintos factores que recibían una ponderación particular. Esos factores eran: nivel de la zona de residencia, tipo de vivienda, nivel educativo del entrevistado, ingresos totales del hogar, nivel educativo y ocupación del principal sostén del hogar. Una vez que se le asignó un valor a cada entrevistado, se los ordenó y se los dividió en tres grupos: alto, medio y bajo. En la Encuesta de Victimización de la ciudad de Buenos Aires de 2007 se siguió un procedimiento similar, sólo que las variables tomadas no eran totalmente coincidentes, ya que se implementó la metodología utilizada por la Asociación Argentina de Marketing y la Cámara de Control y Medición de Audiencia. Las variables fueron: ocupación del principal sostén del hogar, cantidad de aportantes del hogar, nivel educativo del principal aportante, posesión de auto de hasta quince años y de ciertos bienes y servicios (Internet, computadora, tarjeta de débito) y seguro médico. En cuanto al trabajo cualitativo, se intentó definir individuos pertenecientes a clases bajas, medias o medias-altas a partir de una caracterización general, mediante criterios de selección por ocupación, nivel educativo, estilo de vida, barrio y hogar.

vante al comparar las entrevistas en los barrios más protegidos, de sectores medios y altos de la ciudad de Buenos Aires, con aquellas de zonas populares del conurbano consideradas peligrosas por sus propios habitantes. La proximidad en los barrios populares es una percepción de mayor cercanía física y social con la amenaza: puede ser alguien del propio barrio, el hijo del vecino, los que viven “en la cuadra de los chorros” o un habitante de un lugar cercano. En el caso de los jóvenes varones, se suma la amenaza del hostigamiento policial. En contraposición, en los barrios porteños estudiados el distanciamiento con el delito es social y físico. A fin de cuentas, no es raro escuchar que en el barrio hay delitos, pero protagonizados por sujetos que no forman parte de la misma comunidad, sino que vienen de otra parte, llegan y se van: el peligro no está instalado, no es constante, y los dispositivos adecuados ayudarían a evitarlo.

A la proximidad espacial se yuxtapone una historia de crisis social compartida. La inseguridad sería una de las secuelas de la alteración de la sociedad local como producto de la crisis, el desempleo o la pobreza, tal como la mayoría de los relatos sugiere. Los entrevistados han presenciado cómo ha sucedido esto de una generación a otra en una familia conocida; han visto “cómo empezó todo cuando el padre de los chicos perdió el trabajo”. Los sentimientos y juicios que suscitan, las regulaciones que se precisarían para disminuir el riesgo local, se inscriben en una trama de lazos locales perdurables y en una historia en común. La clase media tiene también una narrativa de la crisis, y aunque no duda en atribuirle el incremento del delito, no vislumbra un efecto similar al que parte de los sectores populares entrevistados describe en su categoría social; esto es, para los sectores medios, la crisis no originaría ningún tipo de conducta reprochable entre sus miembros. La inseguridad, por el contrario, los ha puesto en el lugar de víctimas potenciales o reales.

¿En qué dimensiones operan ambas posiciones? En primer lugar, el distanciamiento social y espacial facilita el emocional: entrevistados de sectores medios afirman: “Yo, la verdad, tomo alguna precaución, pero casi no pienso en el tema”. Podría ser una actitud natural o producto de una reflexión estratégica: “elegir no enloquecerse”, una forma de autopreservarse manteniendo una

distancia emocional y cognitiva. No es igual a la negación del temor, que implica un trabajo muy intenso para autopreservarse del contexto, sino más bien un sosiego de las emociones causado por la sensación de control subjetivo de una situación que no se percibe como riesgosa. Para ello, la gestión de la inseguridad debe ocupar un lugar poco relevante en la vida cotidiana, a lo sumo mediante la utilización de dispositivos poco complejos o modificaciones incorporadas con facilidad en las rutinas habituales. A la inversa, en zonas consideradas poco seguras, sin protección pública ni privada, el desasosiego está más presente.

Se trata entonces de un atributo de los espacios en los que se habita, más que de las clases en sí mismas. Así se explicaría no sólo la diferencia entre las clases sino también en el interior de ellas, por ejemplo, la que existe entre sectores medios y altos que viven en barrios homogéneamente acomodados y los entrevistados de estos estratos que habitan lugares más mixturados o, en particular, cercanos a barrios populares considerados por ellos como peligrosos, y que, precisamente por eso, sienten mayor temor. Por otra parte, esta percepción tiene cierta lógica pues se funda en la mayor vulnerabilidad a la victimización de este grupo, al menos demostrado en el caso de la ciudad de Buenos Aires.

En segundo lugar, la proximidad influye en la configuración de la lectura política, más que en su signo ideológico, como veremos en los distintos relatos. La inseguridad se edifica, en general, “de abajo hacia arriba”. Abundan los debates locales a partir de casos concretos y se discute sobre la propia comunidad: por qué alguien “se fue torciendo”, cuál fue el peso de los factores familiares, de la droga y de la falta de trabajo, si la solución es la presencia policial, la escuela o la religión. Se produce entonces un continuo pasaje entre distintas escalas: desde el caso concreto hasta su causa general, luego al impacto en todo el barrio y, más tarde, a las soluciones globales. En contraposición, el distanciamiento favorece una mirada “de arriba hacia abajo”, una explicación que contempla procesos sociales o políticos casi sin referencias individuales.

Pese a ello, ni la cercanía conlleva de por sí más miramientos ni el distanciamiento conduce automáticamente a posiciones punitivas. La proximidad puede llevar a la condena moral, porque a pe-

sar de las malas condiciones sociales comunes para todos, un argumento recurrente en el relato de la degradación moral es “mis hijos no roban”, o, por el contrario, se encuentran atenuantes, ya que “en el fondo no son malos chicos”, como se afirma a menudo en el relato de la crisis social. Junto al distanciamiento, es más habitual la duda sobre “quién está realmente detrás del delito”, la apelación a causas estructurales, su relación con la “inseguridad jurídica que viene desde arriba” o incluso la posición reaccionaria extrema de considerarlo “una forma actual de subversión”.

La proximidad instala el tema del delito en el espacio público local. Un acontecimiento decisivo suelen ser los casos de muerte en el barrio, a menudo la de algún joven a manos de la policía o de un vecino. Las pasiones y los conflictos pueden durar años, provocar acusaciones cruzadas, fracturas en las relaciones de larga data, como ha señalado Pita (2005) para los casos de violencia institucional. En un barrio del partido de San Miguel, Adrián, de 16 años, fue asesinado por la hija del dueño del almacén adyacente a su casa, policía en formación, en el momento en que supuestamente había entrado a robar. A la conmoción inicial le sucedió una crisis política local sin precedentes. Los sentimientos que se suscitaron estuvieron lejos de ser unánimes. Para algunos, fue una tragedia sin sentido, un desgarramiento, y para otros, un alivio, “un perdido menos”. No sólo hubo sentimientos encontrados y muy divergentes, sino que la muerte de Adrián fue esgrimida en la lucha por el control de los comedores locales entre facciones peronistas. Repartiendo y pegando afiches en el barrio, se acusó a su tía, una de las manzaneras más importantes (nos referimos a las trabajadoras vecinales que participan en la implementación de planes sociales), de “apañar a los chorros”, a fin de deslegitimar su poder local y quitarle el control del comedor comunitario que, para muchos, manejaba a su antojo.⁷⁷ Así, estos hechos y, en particular, la muerte de los jóvenes, lejos de quedar circunscriptos en el terreno de la tragedia privada, son un tema recurrente en las

77 Este conflicto está analizado en la tesis de maestría, bajo mi dirección, de Santiago (2006).

conversaciones del barrio y pueden ser utilizados como un elemento más en los conflictos locales.

¿Qué mutación en el campo de las representaciones está ligada a esta relativamente nueva percepción de proximidad? A nuestro entender, es el testimonio del desdibujamiento de la oposición barrio *versus* villa como ordenador central de las fronteras entre lo peligroso y lo seguro. Denis Merklen (2001) señalaba años atrás que el barrio y la villa, más que dos lugares geográficos, eran considerados dos formas morales de vivir la pobreza, y la ubicación de lo amenazante en la última era, nos parece, una de las formas de marcar esa diferencia. La deconstrucción de la oposición nodal es producto de la multiplicación de alteridades percibidas como amenazantes, unas más alejadas y otras demasiado cercanas. Y no es sólo el propio barrio: otros, colindantes y similares, también se habrían vuelto peligrosos. De este modo, a la oposición inicial entre distanciamiento y proximidad se suma, en los barrios populares, una serie de diferenciaciones en el interior de cada uno. No obstante, no se observa que se haya esfumado toda diferencia; antes bien, hay gradaciones, y el mayor peligro sigue ubicado fuera del barrio, pero ya no puede situarse exclusivamente en algún lugar en tanto oposición organizadora y, por ende, fuente de cierta tranquilidad mediante una operación binaria que expulse el peligro más allá de una frontera específica.

Una de las consecuencias de esto es la superposición de reputaciones de vieja data con nuevas imputaciones de peligrosidad. Sobre las primeras hay más consenso: suelen referirse a barrios lindantes, históricamente considerados así: “Me acuerdo de que, desde que yo era chica, se decía que Grillo⁷⁸ es peligroso”. Se trata de reputaciones que se utilizan como mapas cognitivos; son etiquetas, modos de hablar y un saber establecido sobre un determinado lugar que previene que es mejor no ir allí y perpetúa una diferenciación moral de larga data con sus habitantes.⁷⁹

⁷⁸ Se ha cambiado el nombre del barrio.

⁷⁹ Véase un análisis de la reputación de lugares peligrosos en Dulong y Paperman (1992).

Algo distinto sucede cuando se habla del propio barrio. Se trata, en esos casos, de juicios específicos sobre individuos conocidos por todos, con los que hay lazos y experiencias comunes y, por ende, son más pasibles de debate y desacuerdo que de consenso. En un barrio del partido de Moreno, algunos han dicho: “Los que se juntan en esa esquina son peligrosos”. Frente a esto, otros sostenían: “No es cierto. Acá hay chicos en las esquinas pero son chicos re sanos, que son del barrio. Hay otro tipo de gente allá, más delincuentes, yo no los conozco pero es lo que se comenta”. Los supuestos sospechosos no eran ajenos a los juicios que circulaban sobre ellos, intervenían, podían pedirles explicaciones a “las viejas que andan diciendo que somos drogadictos”. El punto que merece ser destacado es que los lazos de conocimiento no evitan los juicios morales ni los intentos de estigmatización, pero llevan a que ésta no se produzca de modo indefectible y posibilita que los afectados no acepten pasivamente los rótulos descalificadores que se les endilgan.⁸⁰ Por el contrario, la estigmatización también puede ser, a nivel local, un proceso sujeto a disputa que dé lugar a una puja entre juicios encontrados e intentos de desactivar las actitudes ultrajantes por parte de los mismos que son denostados.

Cabe agregar que la multiplicación de lo amenazante conlleva que las explicaciones sobre sus causas también sean plurales. Algunos reciben los estigmas más comunes, en general distintas formas de la oposición clásica entre asentados y recién llegados.⁸¹ Ellos pueden ser “los extranjeros”, en general inmigrantes de países limítrofes que, aun cuando en muchos casos llevan décadas en el lugar, igualmente se consideran extraños, u otros cuya historia se describe como signada por violentos desarraigos y arri-

80 Las investigaciones de la psicología social muestran que hay una variedad de estrategias, disputas y contestaciones a los procesos de estigmatización, lo que desmiente la idea de que el grupo o sujeto estigmatizado necesariamente soporta sin cuestionamientos tales marcas. Una síntesis de las investigaciones que plantean los efectos diferenciales y la actitud de los propios estigmatizados se encuentra en Croizet y Leyens (2003).

81 Esta oposición proviene de la obra de Elias y Scotson (1994).

los repentinos, debido a la pobreza, a catástrofes naturales en otras provincias o por la expulsión de las villas miserias en la época de la última dictadura militar. Lucas, en Moreno, compara su barrio con el lindante y asevera: “No, acá no hay gente que vino de villas. Este barrio es mucho más viejo, tiene cuarenta años, en cambio el barrio Grillo debe tener veinte años, es de la época de los militares, cuando los corrieron de las villas y los trajeron para acá. Y no es que les dieron casa, no, los trajeron en un camión, los dejaron acá y arreglate. Yo creo que eso ya viene de ahí”. Pero los nuevos no sólo están en el otro barrio. En el propio puede haber muchas “familias nuevas, gente que uno no conoce bien”, porque vinieron más tarde y no tienen “organización política”, como afirma Adela, de la zona de Solano, que vive en un asentamiento organizado en los años ochenta gracias a una importante acción colectiva que generó lazos perdurables en el grupo fundacional.

La amenaza local intenta ser cartografiada. El lugar propio convertido en peligroso lleva a ensayar divisiones espaciales para diferenciar el peligro de la seguridad. Se delinean así microzonas con fronteras poco claras para un observador externo. En un barrio de Moreno, con urbanización irregular, para señalar un lugar un tanto incierto se dice: “En esas cuadras se juntaron muchos chorros, viven todos juntos”. El barrio se fragmenta así imaginariamente en pequeños lugares caracterizados por la moralidad o la peligrosidad de sus habitantes.

El hecho de que ya no exista una delimitación de espacios seguros y la multiplicación de peligros contribuyen a un mayor fatalismo. Es recurrente escuchar: “Si te tiene que pasar algo, te pasa”, y ningún resguardo parece totalmente eficaz, ya que “salís y no sabés si volvés”. Salir es alejarse del hogar, pero sobre todo del barrio, para trabajar o divertirse (en el caso de los más jóvenes). Y no saber si se vuelve supone que, a pesar de todo, el barrio puede ser más o menos seguro, pero es un espacio familiar, con estrategias habituales de gestión de la inseguridad, entre ellas, el conocimiento mutuo. Dante, también de Moreno, afirma: “Uno sale con los amigos y no sabe si vuelve. Vos salís con tus amigos a bailar, te agarra un patovica de esos que no tienen ni cabeza y por ahí te

mata, o salís a laburar y por sacarte la plata te matan”. En los sectores medios tal fatalismo es menos habitual y está más presente una idea general de aleatoriedad, sintetizada en el usual dicho: “Hoy nadie está realmente seguro en ningún lado”, lo que expresa un juicio genérico sobre el fin de la división de zonas seguras e inseguras.

Distancia y cercanía cuentan también en la forma de evaluar y comparar la seguridad del lugar. En los sectores populares, la peligrosidad es un atributo que resulta de cotejar el propio lugar respecto de otros barrios cercanos o lejanos en los que viven conocidos que tienen una situación social similar. El parámetro de referencia nunca es el conjunto de la ciudad y menos aún las áreas más acomodadas. Así, en la zona de Tigre que visitamos se afirma: “Esta parte del barrio es tranquila, dentro de todo es uno de los barrios más tranquilos en que uno puede vivir”. En los sectores medios, el contrapunto alcanza rápidamente el plano global, pues se hace una comparación entre países, pero en función de un juicio previo: primero hay una posición tomada sobre la peligrosidad en la Argentina y luego se elige el país de referencia. El cotejo es entonces un recurso argumentativo para justificar un juicio previo sobre la inseguridad. Así las cosas, quienes consideran que la Argentina es muy insegura señalan las distancias abismales que separan al país de las imágenes idealizadas de Canadá o Escandinavia o, más próximos, de Chile o Uruguay. No obstante, el mismo lugar puede ser el pivote para juicios contrapuestos, como lo expresa este entrevistado: “Hasta en Canadá, del que tanto hablan, a un conocido le robaron”. Por su parte, para quienes piensan que, “dentro de todo, las cosas no están tan mal”, la referencia son otros países del mundo, como en el siguiente testimonio de un ingeniero porteño de 30 años:

Si tuviera que poner el país en una escala, lo pondría en un lugar intermedio. Claramente no es la seguridad que podés encontrar en Suiza, en Alemania, donde la gente ni siquiera se roba cosas públicas, la violencia es un hecho anecdótico. Ni hablar de lo que podría ser en Escandinavia, donde la otra vez leí en un artículo que el úl-

timo policía asesinado fue, creo, en 1997. Pero Buenos Aires tampoco es San Pablo, tampoco es Río de Janeiro, tampoco es Nueva York en su peor época. Tampoco es muchas ciudades de África, donde la violencia es terrible, en Sudáfrica por ejemplo.

La percepción de inseguridad en el barrio siembra interrogantes sobre los vínculos comunitarios. En varios barrios se plantea el siguiente debate: si la inseguridad causa desconfianza interpersonal o, inversamente, si la desconfianza es la que acrecienta la inseguridad. En un mismo barrio, en la zona de Tigre, Marcelo, empleado municipal, opina que el problema es que la falta de solidaridad hace que la gente no se ayude si algo sucede:

Claro, a mí lo que me parece es que la falta de unión entre los vecinos pasa por ahí. Le acaban de robar al vecino y no te metas. Y ahí está la situación, ahí está, no hay un compromiso hacia el otro, de decir “vamos a cuidar lo del otro porque el día de mañana me puede pasar a mí”. No sé si pasa por la inseguridad o por el miedo.

Analía sostiene una causalidad inversa: la inseguridad fue la que llevó a generar más desconfianza entre la gente. Para ella, se trata de “una información que tiraron. Así, se empezó de a poquito y se fue generalizando. Y ya la inseguridad está metida en cada persona, entonces ya uno no confía y, al no confiar, después se va generalizando más”. Aunque ambos testimonios no acuerdan en cuanto al orden causal, coinciden en que la “unidad barrial” es la forma de solucionar el problema, tal como sostienen algunas teorías sobre el impacto positivo de la seguridad del capital comunitario y la cohesión social. En efecto, para Marta, de Solano, su barrio es seguro porque es “muy unido, siempre nos defendemos entre nosotros”. ¿Qué es defenderse? Evitar problemas con personas de otros vecindarios, avisar a los demás si se ve algo raro y cuidar el hogar de alguien que se ausenta, pero también intentar regular el conflicto entre vecinos y evitar que los delitos se produzcan en el barrio. Si éste se mantiene unido no sólo controla

los delitos contra la propiedad, sino que también puede intervenir en las tensiones entre vecinos y en los casos de violencia doméstica. El eje no es regular o prevenir el delito, es decir que la preocupación y el objetivo no son tanto las fronteras entre lo legal y lo ilegal, como han sostenido algunas teorías del control social informal, sino las formas de mantener la pacificación de la vida local y de las relaciones interpersonales.

La pregunta sobre los lazos deriva, casi invariablemente, en el interrogante central para las disposiciones cotidianas en los barrios considerados más complicados: si el hecho de conocer a aquellos supuestamente peligrosos significa que se corre menos riesgos. En rigor, no se trata de un tema novedoso. Desde hace años esa cuestión ha suscitado opiniones contrapuestas en barrios populares y, de hecho, que ser conocido ya no funcione como garantía de protección es un indicador compartido de la degradación de la situación local. La peligrosidad de un lugar no puede ser definida de modo general sino relacional. Esto significa que alguien que vive allí no es peligroso, pero alguien externo que entra se transforma en un peligro o en una potencial víctima. Si hacemos un balance general de las opiniones encontradas, hallamos cierto acuerdo en que los lazos de conocimiento ya no son una garantía de seguridad total, pero en mayor o menor grado hacen que disminuyan las probabilidades de ser victimizado.

Lo que interesa subrayar es la contracara de esta exigencia de conocimiento como fuente de seguridad. Para Niklas Luhmann (1996) la función de la confianza es disminuir la complejidad propia de la vida social incrementando la certidumbre en la cotidianidad. Adam Seligman (2001) establece una distinción entre, por un lado, la confianza asegurada –*confidence*, en inglés–, que es la que se funda en un saber, en la posibilidad de sanción y en la familiaridad que permite prever un comportamiento, y, por el otro, la confianza anónima –*trust*–, donde no hay conocimiento anterior, como en la mayoría de las interacciones corrientes y efímeras de los espacios públicos.

Ahora bien, si sólo un cierto grado de conocimiento genera previsibilidad y la posibilidad de confianza generalizada se con-

trae, la vida social se vuelve no sólo más insegura, sino también más compleja (Seligman, 2001: 17). Así, la sensación de inseguridad y su rasgo de aleatoriedad llevan a que, más allá del temor, se genere una mayor desconfianza, debido a una fuerte incertidumbre acerca de la previsibilidad en las interacciones. Por ende, se establecen más medidas preventivas o de decodificación de los eventuales signos de riesgo aun en las situaciones más habituales. La extensión de la inseguridad conlleva una vida cotidiana más estrecha y un incremento de la complejidad como producto de la disminución de la confianza.

Este incremento de la desconfianza es particularmente visible en la relación de algunos entrevistados de sectores medios y medios-altos en el relato de la alterofobia, pero en otros también aparece respecto de los trabajadores de servicios con los que se puede tener un vínculo cotidiano. En un extremo, se llega a temer que las empleadas domésticas y los trabajadores de mantenimiento, casi parte de la familia, puedan transformarse en una potencial amenaza para la seguridad porque conocen datos personales y tienen acceso libre al hogar. No es producto de experiencias personales, sino que algunos crímenes muy mediatizados en los últimos años, en particular secuestros y robos en casas, han señalado como sospechosos o culpables a las personas de confianza del hogar. Aun en grados menores, se observa una erosión generalizada de la confianza, incluso en lazos muy cotidianos, una de las consecuencias de la transformación de la inseguridad en un problema público que presenta características de aleatoriedad y desidentificación relativa.

Por último, ¿qué estaría sucediendo con los lazos locales, en especial con los intergeneracionales? En un trabajo anterior, *Sociología del delito amateur* (Kessler, 2004), en el que analizamos la relación de los jóvenes de barrios populares con sus vecinos, detectamos una transformación en esas relaciones a causa de la crisis de la inserción laboral juvenil. Más que un enfrentamiento abierto se advertía cierta indiferencia como producto de una ausencia de lazos fuertes. Nuestra hipótesis entonces fue que tal distanciamiento se explicaba por una ruptura generacional afectada por la crisis de las formas habituales de integración laboral. En

efecto, tradicionalmente, las nuevas generaciones iban incorporándose al mundo adulto mediante su inserción en los escalones más bajos de las estructuras productivas existentes, ya sea en las fábricas, como aprendices de algún oficio o como ayudantes en los comercios barriales. Esto los situaba, en tanto adultos en formación, en un vínculo de interdependencia con las generaciones mayores. Tal integración no excluía de ningún modo el conflicto generacional ni las formas de “desviación permitida”, pero resolvía estas tensiones dentro de estructuras de relaciones y de sentido compartidas.

La crisis erosionó estos dispositivos tradicionales de ligazón generacional. Los jóvenes ya casi no entran en las fábricas ni se los ve trabajando en comercios locales y menos como aprendices de oficios. Esto explica, en parte, la sensación de extrañeza hacia los adultos y la dificultad para encontrar un lugar desde el cual relacionarse con ellos, puesto que ya no son niños, pero, al estar fuera del mundo del trabajo, tampoco son adultos y, a veces, ni siquiera son vistos como estudiantes, aunque concurren efectivamente a la escuela, lo que los ubica en una suerte de “tierra de nadie” en la estructura social del lugar. La desconfianza mutua es, entonces, otra consecuencia de la crisis de las trayectorias más lineales que en el pasado conducían del espacio escolar al mundo del trabajo, y de allí a formar parte de la comunidad adulta local. Así, la proximidad espacial no es suficiente para generar previsibilidad sobre las acciones de los demás, sino que parece ser necesario también algún tipo de interdependencia relacional.

En suma, una experiencia subjetiva de distancia o de proximidad con el delito influye en la configuración del sentimiento de inseguridad, en la posibilidad de preservarse del desasosiego asociado a un peligro omnipresente, en la construcción de explicaciones al problema y, de allí, en el tipo de relato para interpretar la situación y orientarse cotidianamente. El distanciamiento y la proximidad operan en las formas de construir la relación entre la inseguridad y distintas dimensiones de lo político, pero no implican ni permiten vaticinar un mayor o menor apoyo a medidas punitivas. Por otro lado, la inseguridad produce también una disminución de la confianza generalizada, y provoca un incremento de

la incertidumbre en las relaciones interpersonales, erosionando también la confianza aun donde hay vínculos de larga data.

La experiencia de clase no es ajena al tipo de recepción de las informaciones de delitos en los medios. Es habitual un juicio compartido sobre la omnipresencia del tema en los diarios, la televisión y la radio, aunque las opiniones son divergentes en cuanto a si eso genera más temor: para algunos sí, mientras que para otros, tal como sostienen los críticos del concepto de pánico moral, se produciría una pérdida de sentido por repetición: "Es que es imposible no seguirlo, porque me parece que es el tema que todo el tiempo te meten, es como un bombardeo constante. Que a veces ya genera el efecto contrario, como la cosa de otra vez sopa", nos decía una trabajadora social del Gran Buenos Aires.

Aunque no hay consenso entre los investigadores sobre si las noticias de delitos incrementan el sentimiento de inseguridad, sí lo hay en que los medios contribuyen a conformar una agenda social sobre los delitos existentes y los riesgos que prevalecen (Tyler y Cook, 1984). Acordamos con esta idea, pero agregamos que la clase influye también en el posicionamiento frente a la agenda mediática sobre delitos. Allen Liska y William Baccaglini (1990), en su investigación sobre el impacto de las noticias en diarios de ciudades norteamericanas, acuñaron la idea de "sentirse seguro por comparación". Los delitos provocaban temor cuando las noticias eran locales, cuando se trataba de una víctima aleatoria y era posible identificarse con ella; en contraposición, si los hechos habían sucedido en otros lugares, si las víctimas eran muy diferentes o parecían haber sufrido un ajuste de cuentas en el mundo del crimen, se reforzaba la idea de que "acá no es tan malo como en otros lados" y, por ende, se consolidaba la sensación de seguridad local.

Nuestros entrevistados también suelen contrastar la agenda mediática con lo que sucede en su realidad cotidiana y, así, al mismo tiempo pueden acordar con la importancia general que los medios adjudican al tema y estar en desacuerdo con la forma concreta en que establecen su agenda. De este modo, los sectores populares observan, y a menudo denuncian, un desfase temático y temporal; sin embargo, esto no necesariamente disminuye el temor. Se produce una disonancia temática, porque los tópicos más

candentes no son aquellas dimensiones de la inseguridad que los afectan y preocupan; no se niega su verosimilitud, sino que se trata de “una realidad que no es la nuestra”. Más allá de que hay una definición socialmente compartida del problema en un plano general, se advierte también una percepción de segmentación en cuanto a las formas en que concretamente afecta a cada lugar y grupo social.

Palmieri y Perelman (2007) han demostrado el peso diferencial de delitos en los medios según grupos sociales y zonas. Por ejemplo, si se producen en los barrios más favorecidos del norte de la ciudad de Buenos Aires tienen una gran cobertura, pero cuando suceden en los barrios más desfavorecidos del sur la atención es escasa, lo que sugiere en consecuencia una idea de incremento de los delitos en las primeras zonas. En realidad, desde 2002 se ha reducido el delito violento en la zona norte de la ciudad y se ha concentrado en los barrios del sur. Así, por ejemplo, en el barrio de Malvinas Argentinas que visitamos nos decían: “Muestran lo que quieren, la política que a ellos les convenga. Yo escuchaba mucho de los secuestros, pero acá en el barrio hay otra realidad, no hay secuestros, pero está todo inseguro. Por ahí eso es lo que le pasa a la gente de capital, el noticiero te muestra más lo que pasa allá”.

Así las cosas, se construye una visión propia de la inseguridad que guarda cierta distancia de los medios: con elementos de la agenda coyuntural y otros provenientes de sucesos locales. Es habitual en los barrios del Gran Buenos Aires estudiados que algún hecho local, una muerte o una violación, marque fuertemente la sensibilidad de los habitantes de la zona. Se lo considera un hito o un indicador del fin de las fronteras entre el peligro y la seguridad y la encarnación de una amenaza cercana hasta entonces más bien latente. Cada crimen tiene una historia que se cuenta una y otra vez, en gran medida porque víctimas y/o victimarios son personajes por todos conocidos y cada persona del lugar ha visto, conoce o sabe algo.

A la divergencia temática se le suma el desfase temporal, porque el tema habría comenzado a ocupar el centro del espacio público recién cuando afectó a sectores medios y altos, mientras que, para muchos de los entrevistados, se trata de un problema anterior. Esto

lleva a tomar conciencia de una arista de la desigualdad: la capacidad para imponer la agenda, en la medida en que algunos delitos serían más importantes que otros, según el sector social al que pertenezca la víctima. En otras palabras, algunas vidas tienen un valor diferenciado, lo que causa indignación, tal como expresa el siguiente testimonio de un repartidor de gaseosas de Tigre:

Y me da bronca el hecho de que si hay veces que le roban a una persona que, por ejemplo, tiene poder, como una médica importante o el hijo del ministro, le dan demasiada importancia. Como si a un vecino del barrio no le robaran, y sufre el mismo robo que un vecino del barrio común. Creo que los medios hoy en día no hacen bien la función que tienen que cumplir. Yo creo que lo aumentan cuando son casos de personas conocidas y lo disminuyen cuando es un vecino que saben que va a reclamar en ese momento y después va a quedar en la nada. Es lo mismo que pasó con el corralito: cuando le vaciaron el bolsillo a la gente de clase alta, ahí se armó el despelote...

Los sectores medios no tienen la sensación de que haya una agenda que corresponda a la realidad de otros sectores sociales. Existe un distanciamiento con los medios pero basado en la autoidentificación de cada uno como "lector crítico", alguien que por definición no cree en todo lo que lee y ve, sino que construye su propio juicio. Por supuesto que esto no es exclusivo de los sectores medios, pero para algunos de ellos parecería ser un aspecto importante de su identidad social, tal como afirma un comerciante porteño:

Yo soy alguien que siempre está alerta. Bueno, hay que poner el filtro para lo que magnifican, en qué hacen foco. Entonces se trata de escuchar qué están diciendo para seleccionar después lo que me resulta creíble, o en la medida en que me parece que sea creíble, para más o para menos.

En una revisión de las transformaciones en las estrategias de distinción, posterior a la obra de Pierre Bourdieu, Richard Peterson (2004) hace hincapié en que, más que consumos determinados, las nuevas formas de distinción cultural en épocas de creciente valoración positiva de la individuación y de mayor hibridación entre alta y baja cultura postulan la figura de un consumidor de cultura “omnívoro” que realiza su selección personal. El eje de la distinción es ahora la exhibición de una capacidad de elegir autónomamente, con una combinación propia de alta y baja cultura que se aleja de lo pautado. Algo comparable sucede con la posición frente a los medios: muchos afirman no elegir ni identificarse exclusivamente con ningún medio, sino buscar diferentes visiones para formar su juicio.

Desde esta posición de distanciamiento escéptico se pueden realizar cuestionamientos a la agenda mediática de seguridad, pero no tanto mediante el contraste con su realidad circundante, sino basados en una disputa sobre la definición general del problema. Una crítica recurrente es la que se pregunta en qué medida los medios construyen el problema: “Creo que, fáticamente, los medios pueden en algún momento instalar un tema, hacerlo hegemónico”. De este modo, ciertos temas entran en contradicción con otros más relevantes: “Yo me acuerdo cuando estaba de moda en las radios hablar de los secuestros. Estamos hablando en esa época de ciento cincuenta o doscientos secuestros al año. Cuando en la Argentina se mueren por accidentes de tránsito siete mil personas al año”. Se trata de una crítica similar a la implícita en la idea de pánico moral, la desproporción de un tema en los medios en relación con su existencia objetiva. A partir de esto se puede cuestionar la definición actual de inseguridad ligada al delito, en particular contraponiéndola a la situación de la dictadura militar, porque “inseguridad era la posibilidad de desaparecer” o, por el contrario, afirmando que “hay muchos delitos que no se muestran, porque hay presiones a los medios, porque no conviene...”.

Por último, la cuestión de clase opera también en la relación con la figura de Blumberg. Garland (2005) ha sostenido que, en un período de identificaciones débiles, la victimización se con-

vierte en una de las formas de identificación más fuertes. Comparamos esta idea, pero agregamos que tal identificación está mediada por otras de clase, como lo han evidenciado nuestros entrevistados. No se trata sólo de una escisión entre punitivistas y no punitivistas. Ya se ha dicho que la atracción por la figura de Blumberg en sectores medios se ha producido en gran medida porque “al fin alguien sabe qué hacer”, ante la incertidumbre por la falta de respuestas satisfactorias a la inseguridad. Salvo en sectores claramente opuestos, por los personajes asociados y por su carácter de clase, gran parte de nuestros entrevistados de grupos medios han tenido en algún momento afinidad o “simpatía” por motivos distintos: porque es padre, porque hay que cumplir las leyes. Esta cercanía en general se fue perdiendo por su posterior “politización” y se terminó de esfumar por el engaño con respecto a su título académico.

Así las cosas, muchos entrevistados pueden no acordar o desconocer las medidas que proponía Blumberg, pero se entusiasman con el hecho de que “la gente se movilice por un problema tan grave”, considerado una preocupación por el bien común, un “problema de todos”, sin reparar en las diferencias de clase, con la excepción de quienes adscriben al relato del cuestionamiento a la inseguridad. Distinto es lo que pasa en sectores populares. Aun entre aquellos entrevistados claramente punitivistas, partidarios de la pena de muerte, que han apoyado a Luis Patti, la “simpatía” por Blumberg es limitada o nula. ¿Por qué? Pues justamente porque les molesta que la clase haya sido más importante que su propia situación, que haya sido necesario que afectara a sectores altos para que hubiera una movilización, ya que su padecer y su inseguridad eran anteriores, como afirma un empleado municipal en Don Torcuato: “Ahora se mueven, porque los tocan a ellos”.

En suma, la experiencia de clase opera también en la recepción de los delitos en los medios, donde proximidad y distanciamiento funcionan de un modo particular y establecen posiciones distintas. En los sectores populares se estructura en torno al desfase temporal y temático entre la propia experiencia del tema y el peso diferencial de sus problemas frente a los de las clases medias y superiores en los medios: la desigualdad en la capacidad de cons-

truir una agenda. En los sectores medios hay también un distanciamiento, pero más ligado a formas de identidad de clase, a cierto escepticismo con respecto a los medios y a la valoración de construir el propio juicio que, por definición, se distanciaría de la información mediática.

GÉNERO Y FORMAS DEL TEMOR

Mientras que entre inseguridad y clase no hay tendencias definidas, los datos sobre un mayor temor femenino han sido una constante en todos los estudios y países. También el cuestionamiento a estas presumibles evidencias ha sido enérgico: ¿las encuestas expresan una situación real o los problemas metodológicos –cuando no se suman a prejuicios sobre la condición femenina– distorsionan la captación de los hechos? En cuanto a las cifras de un mayor temor en las mujeres, la Argentina no es la excepción. En todas las dimensiones del sentimiento de inseguridad el género marca una importante diferencia. Por ejemplo, con respecto al indicador tradicional, la opción “sentirse muy inseguro sólo de noche” aglutinaba en 2005 a un 20% de los varones y un 42% de las mujeres en el Gran Buenos Aires, y al 17% contra el 36% en Mendoza, mientras que las tasas de victimización de ambos sexos eran similares o aun mayores entre los hombres. Si bien las diferencias en la consideración de la inseguridad como un problema importante no eran muy significativas en la ciudad de Buenos Aires en 2007, en todos los casos el temor de las mujeres era superior al de los hombres con respecto a los delitos específicos según el índice presentado en el capítulo 2.⁸² A su vez, al examinar los determinantes del temor, luego de la presión ecológica, o sea, vivir en un

82 Recordemos que se trata de un índice construido con las opiniones sobre el temor específico a cinco delitos –robo de autos, entrada al hogar, arrebato callejero, ataque de un desconocido, ofensa sexual y maltrato por parte de la policía–; el índice general era 4,96: en varones 4,13 y en mujeres 5,63.

barrio con más delitos, el género era la variable con un mayor peso explicativo. Por el contrario, se observaba paridad en las acciones defensivas, individuales y colectivas.

Estos hallazgos, comparables a los de otros países, siguen motivando fuertes debates a nivel internacional. El primero de ellos atañe a la velada acusación de “irracionalidad” por un temor que no se corresponde con sus menores tasas de agresión. La crítica feminista ha sostenido que la irracionalidad no debería ser buscada en las mujeres, sino en los bajos índices de temor de los jóvenes varones cuando su victimización es la más elevada. Otros trabajos han puesto la mirada en las reglas de expresión del temor, en procesos de socialización que llevarían a las mujeres a ser más propensas a expresar sus miedos, a sentirse vulnerables frente al crimen, y a los hombres a callar o a transformar su temor en otros sentimientos, como la ira (Ditton y Farrall, 2000).

Ciertos estudios se han abocado a perfeccionar la definición de las variables en juego para corregir lo que consideraban errores metodológicos. Kenneth Ferraro (1996) ha interpretado el mayor temor femenino mediante las “variables en sombras”. Al preguntar por distintos tipos de delitos, ha encontrado que las mujeres eran más temerosas sólo en aquellos casos donde estaba implícito el riesgo de sufrir un ataque sexual, mientras que en otros el temor era similar en ambos sexos.

Hemos puesto a prueba esta hipótesis en el caso de la ciudad de Buenos Aires y se ha verificado, ya que el temor femenino es mayor en toda una serie de delitos que podría implicar este tipo de amenaza (robo en el hogar, arrebato en la calle) e igual al de los hombres en el caso de la sustracción de un vehículo dejado en la calle.

Otros trabajos han incluido también la tasa de exposición, que pondera el cálculo de victimización según las horas que se pasan afuera del hogar, en los espacios públicos. En este sentido, ciertos estudios presentan evidencias de que, si pasan el mismo tiempo en el espacio público, las mujeres serían igual de atacadas que los hombres (Stafford y Galle, 1984). Al testear esta hipótesis en Buenos Aires, aun corregida por la tasa de exposición, el temor sigue siendo mayor en las mujeres. No obstante, también se verifica que es mayor en las mujeres que pasan más tiempo fuera del hogar,

pero esto también sucede en el caso de los hombres.⁸³ Se ha recurrido una vez más al concepto de vulnerabilidad física y social para explicar las paradojas del temor femenino. En las mujeres, el acento ha estado en la sensación de falta de control y en la percepción de la seriedad del daño potencialmente sufrido. Frente a lo primero, los trabajos han hecho hincapié en las formas de socialización femenina que las hacían sentir físicamente poco seguras: en una investigación norteamericana, el 80% de las mujeres entrevistadas declaraban ser más indefensas y menos competentes que la “mujer promedio” (Riger y Gordon, 1981).

De todos modos, el debate principal gira en torno a quienes sostienen que las encuestas no pueden captar la amplitud de la victimización femenina. Para Sacco (1990), las ofensas que padecen las mujeres –delitos sexuales, acosos, violencia doméstica– adolecen de una sistemática subdeclaración. Amén de ello, diversas situaciones cotidianas no violatorias de la ley son de todos modos amenazantes para las mujeres: ciertas formas de acercamiento en las calles, conductas agresivas de parte de los hombres y otras experiencias cotidianas que tenderían a hacerlas sentir que los espacios públicos son inseguros (Stanko, 1988). Ha habido, no obstante, una mirada crítica de autoras feministas a las consecuencias del hincapié en la inseguridad de las mujeres en los espacios públicos.

El análisis de Gardner (1990) sobre libros de consejos para “comportamiento seguro” ha mostrado la idea subyacente de que la seguridad sólo puede lograrse al precio de una degradación identitaria en los espacios públicos: la mujer debería mostrarse poco atractiva, temerosa, desconfiada de cualquier hombre, no entablar ningún contacto y estar siempre acompañada por un hombre (o, al menos, parecer que lo está): una mujer que no parezca controlada por un hombre específico puede ser controlada por cualquier hombre. El impacto sobre la subjetividad sería tanto

83 Así, el valor del índice de temor ya señalado es, en promedio, del 5,84 en mujeres, y en las que pasan fuera del hogar más de cinco horas diarias es del 6,63. En los hombres, en el primer caso es del 4,43, y en el segundo, 5,34.

la exacerbación de una impresión de fragilidad femenina como de una desconfianza generalizada hacia todos los hombres, en la medida en que son potenciales agresores.

Ahora bien, ¿qué aporte realiza nuestro trabajo en relación con estos hallazgos? Ya se ha expuesto la crítica al ideal de una transparencia en las encuestas, es decir, a considerar que una declaración de temor o de su ausencia es una expresión de la subjetividad en lugar de una simple respuesta en una escena semipública, como es una entrevista, donde entran en juego reglas de expresión y estrategias de enunciación. Así, ¿es posible interpretar que esa diferencia en las declaraciones de temor en una encuesta es un indicador válido? En primer lugar, como se dijo, hay formas de victimización oculta o de amenazas en el espacio público que no son captadas por las mediciones corrientes. Además, también es cierto que las reglas de expresión no operan solas desaconsejando la manifestación pública de un sentimiento, sino que lo hacen junto con las reglas del sentir que han intervenido, con anterioridad, en los procesos de socialización. Por ende, es plausible que el temor sentido por las mujeres sea mayor que el experimentado por los varones. Más aún, la expectativa de victimización, esto es, la dimensión cognitiva de percepción de la probabilidad de ser víctima de un delito sin tinte emocional explícito, donde en principio no operarían tanto las reglas de expresión como la declaración del temor, también es mayor en las mujeres porteñas que en los varones en casi todos los delitos relevados.

Un caso particular son las medidas de protección: en la ciudad de Buenos Aires había, según nuestros datos de 2007 y con respecto al promedio general, menos rejas, cámaras, perros guardianes, alarmas y cerraduras especiales en los hogares donde vivían mujeres solas: mientras que en el 51% de sus viviendas había al menos un dispositivo, en el promedio general de los hogares el porcentaje ascendía al 61%. Si bien no creemos que en todos los casos se pueda suponer que esto es una consecuencia del temor, algún tipo de relación existe. En tal sentido, si las culturas afectivas sancionan lo que los hombres deben expresar, no habría mayores restricciones en cuanto a las medidas a tomar. Por el contrario, en muchos casos, los hombres justifican tales medi-

das por “precaución, no por miedo”, o las asocian a la “protección de la familia”, el cumplimiento de un rol esperado en los valores que está ligado al resguardo y defensa de los suyos. Pero, sin duda, esta menor presencia de dispositivos en los hogares de mujeres solas, en la medida en que su existencia es considerada en los estudios un indicador de temor, debe tenerse en cuenta a la hora de revisar y cuestionar las ideas tradicionales del supuesto mayor temor femenino.

En cuanto a la victimización oculta de las mujeres, no caben dudas de que el peso de la amenaza sexual es muy significativo, en particular en las mujeres y los hombres de sectores populares, y entre estos últimos, en relación con sus hijas, parejas y hermanas. Tal como afirma una entrevistada en Moreno, se teme que, “además que te roben, te arruinen la vida”, y el temor a la violación es, junto a la muerte, lo más terrible. Matías, del partido de San Miguel, afirma que nada lo atemoriza, pero “si le hacen algo a mi hermana, me transformo y no queda ninguno, los prendo fuego a todos y chau”.

No fue posible saber la prevalencia de estos delitos –tampoco era el objetivo de nuestro trabajo–, pero se supone, por los comentarios que recibimos, que tienen una mayor frecuencia que la que se admite en las zonas donde trabajamos y que se impone un silenciamiento del tema: no se cuenta una violación pero sí se puede relatar una y otra vez un robo sufrido. Esto es lo que afirma Delia, de Solano, al respecto: “Hay como una protección, en el sentido que no es lo mismo decir ‘a mi hija le robaron’ que ‘a mi hija la violaron’”. Otro tema del que se ha hablado poco y no fue catalogado dentro de las definiciones nativas de inseguridad es la violencia doméstica que sufren las mujeres, históricamente subdeclarada. En este sentido, sería preciso elucidar si explican en parte también en nuestro trabajo el mayor temor femenino.

La hipótesis derivada del trabajo cualitativo es que, instalada la inseguridad como problema público y definición de la realidad, se autorizaría más a los hombres a manifestar su preocupación por el tema, a que sientan y expresen legítimamente una serie de sentimientos, entre ellos, el temor. Ciertamente es que los procesos de

socialización construyen estructuras de sentimientos particulares, pero ellas no son inmutables. Las reglas del sentir y de expresión se modifican cuando la definición de la realidad lo hace; la representación y la razón están interrelacionadas, puesto que determinadas representaciones de lo real sugieren qué conviene sentir respecto de determinado hecho. De este modo, si se considera que la situación es insegura, lo normal es sentir temor o inseguridad u otra gama de sentimientos. El tipo de miedo que los varones pueden declarar legítimamente no es sólo el llamado “temor altruista”, esto es, la preocupación por lo que les puede suceder a los seres queridos que se considera en los estudios criminológicos. Así, más allá de lo que podrían admitir en una encuesta, los entrevistados varones hablan de lo que les suscita la inseguridad, del temor que ciertas situaciones les causan.

Ahora bien, la diferencia central entre hombres y mujeres radica en la forma de hablar del tema. Dicho de un modo un tanto esquemático, es habitual que las mujeres se refieran más que los varones al miedo como una suerte de atributo interno, un rasgo de carácter, parte de una identidad afectiva (“soy miedosa” o “no soy miedosa”). Los hombres, por el contrario, raramente lo hacen y tienden más bien a decir que “sienten inseguridad” en determinadas ocasiones y lugares. Es más habitual que, para hablar del temor, ubiquen un referente exterior peligroso, acotado espacial y temporalmente, para luego afirmar que sienten miedo cuando están frente a ese peligro. Ésta sería la consecuencia de un juicio axiológico y cognitivo: un lugar, un horario o una persona son a todas luces peligrosos, por eso es lógico temerles. Veamos dos formas diferenciadas de hablar de la inseguridad en Moreno. Una mujer afirma:

Mirá que yo no soy de andar o salir mucho, pero ando en remís o más con mi mamá en el auto. No me manejo a pie, por temor. Una, que yo soy muy miedosa y, otra, que de noche, si salgo, prefiero venir para acá acompañada, porque si bajo en la parada de mi casa tendría que irme sola. Mi novio vive en Merlo, y yo voy mucho para allá, también voy en remís... Es más estar sola lo que me

da miedo, si estoy acompañada no me da miedo. Si estoy con mi mamá tampoco me da miedo, una se siente más protegida.

En el mismo barrio, un hombre asevera:

Y a mí lo que me preocupa es la inseguridad, ése es el tema que más me preocupa porque uno sale a trabajar y nunca sabe si va a volver, y eso a mí me preocupa... Al estar todo más inseguro, uno cuando vuelve a la casa de noche del trabajo tiene necesariamente un poco de temor.

Entre las mujeres, ese supuesto rasgo de carácter se hilvana en un tipo de narrativa que va construyendo una suerte de identidad afectiva: al hablar de la situación actual pueden vincular el temor sentido con otros del pasado. Las marcas de una socialización diferencial según el género son evidentes, dado que los temores del pasado se vinculan en algún momento con los discursos y consejos familiares que apuntan a la defensa frente a eventuales abusos o agresiones sexuales. Una entrevistada de 40 años, perteneciente a sectores medios de la ciudad de Buenos Aires, recuerda así las recomendaciones de su padre durante su infancia y adolescencia:

Te decían que si te llamaba alguien y te ofrecía caramelos nunca aceptaras, que no fueras con nadie que no conocías. Y cuando fuimos adolescentes mi viejo jodía con que, si pedías una *Coca Cola* en un boliche, la abrieran delante tuyo: "no aceptes nada que no destapen delante tuyo". Ésa era una cosa de mi viejo permanente.

De este modo, la amenaza sexual puede no estar abiertamente ligada a inquietudes actuales frente al delito, pero en muchos momentos de los relatos la preocupación reciente se asocia o hace emerger trazas de una socialización de género donde el temor por la amenaza sexual ha estado tradicionalmente muy presente. En segundo lugar, en el caso de las mujeres es más habitual un

lenguaje emocional graficado corporalmente. En el habla corriente, muchas emociones tienen un lugar imaginario en distintas partes y órganos del cuerpo; del mismo modo, puede haber un relato sobre las manifestaciones corporales del temor: un corazón que se acelera, temblores, piernas que tambalean. Irupé, en Moreno, describe de este modo cómo se siente después de un robo en el comercio donde trabaja:

Nosotras vivimos ahora con el corazón en la boca. Nosotras no teníamos miedo hasta que nos pasó... Después sí, me duró como dos o tres semanas. Veía a alguien desconocido y el corazón parecía que se te salía. Lo cuento y todavía me pongo nerviosa, el corazón a todo lo que da cuando viene alguien que no conozco y es medio sospechoso. No me acostumbro a vivir así...

La vinculación con miedos del pasado, la identidad emocional y la descripción corporal son menos usuales en las formas de expresión de los varones. Esta diferencia en las maneras de hablar de la inseguridad no parece ser un indicador de mayor o menor temor, sino de modos de socialización afectiva distintos, en los que hay un lenguaje para hablar del temor connotado sexualmente. De hecho, en estudios ingleses sobre el tema se ha señalado que a los varones les pesa tanto la ausencia de un espacio seguro donde hablar de sus miedos como la de un lenguaje emocional masculino con el cual expresarlos (Mac An Ghaill, 1994). De igual modo, en este relato de un joven de 25 años del barrio porteño de Villa Crespo, la expresión de la emoción, y en particular del llanto, se vincula con la primera juventud, algo que el tiempo y la madurez habrían dejado atrás:

La primera vez que me robaron me sentí muy mal, me largué a llorar, me puse de rodillas, era muy chico; la segunda vez también lloré. Después de la segunda vez ya no lloré, aunque me sentí muy mal, pero por ahí aprendí a manejar mejor la situación: caminar derecho, no mirar para atrás...

La definición de la inseguridad como problema social autoriza a los hombres no sólo a expresar temor, sino a realizar distintas conductas defensivas y de evitación del riesgo sin que eso ponga en cuestión una idea de masculinidad, tradicionalmente definida como “tomadora de riesgo”. Por un lado, las acciones defensivas ayudan a evitar un rótulo de temeroso: “Soy precavido, pero no tengo miedo”. Así, se puede dejar un trabajo por los riesgos que representa o afirmar que por precaución no se pasa por determinados lugares, sin que parezca necesaria una justificación mayor para el resguardo de la identidad de género. Tal como está definida la situación social, el hecho de no enfrentar el peligro con el propio cuerpo no pone en juego la definición de masculinidad. Un entrevistado de Tigre relata cómo abandonó un trabajo en una carnicería:

Yo me fui porque ya habían asaltado antes sin que esté el custodio. Como queda sobre una ruta, la 8, era un lugar de paso, un trámite casi para los delincuentes, y tenía miedo porque no era la primera vez que robaban. Me tuve que ir porque no me sentía seguro, ganas de trabajar tenía pero no me sentía seguro, digamos por la fama que tenía el negocio. Como se había ido herido un delincuente, tenía miedo de que volvieran a vengarse. Capaz que como tengo familia, una nena, no quería seguir ahí...

Dos cuestiones colaboran con esta posibilidad de evitar el peligro sin poner en juego la propia masculinidad. Por un lado, las armas. Considerar que es probable que un potencial victimario esté armado marca una asimetría de poder y fuerza y anula toda posibilidad de enfrentamiento parejo. Es más, en muchos casos se acusa al sujeto armado de “ser poco hombre”, justamente por valerse de un arma para imponerse. En segundo lugar, el temor altruista también es un argumento legítimo, como se ve en el testimonio anterior, para eludir el riesgo.

Cabe agregar que si los hombres expresan menos miedo, sus relatos denotan, por el contrario, una gran diversidad de sentimientos, como rabia, indignación e impotencia, en mucha mayor me-

dida que las mujeres. Por ejemplo, afirman sentir impotencia si no pueden impedir un robo, rabia por lo sustraído e indignación por la complejidad que introduce en la vida cotidiana la necesidad de gestionar la inseguridad propia o de toda la familia. Cabe suponer que estos sentimientos están relacionados con lo que se espera de un rol masculino, sobre todo un papel defensivo, y afloran entonces ante la imposibilidad de cumplirlos cabalmente. Ahora bien, esto no supone que los sentimientos sean inmutables –por ejemplo, que la asociación entre delito y temor se conserve inalterable–, tanto respecto del pasado como de lo que suscita recordar un hecho. Hombres y mujeres pueden relatar que el sentimiento frente al delito ha ido cambiando: miedo en el momento, bronca más tarde por lo que se perdió o por la situación en general y luego alivio porque, después de todo, no hubo violencia. Así, lejos de asociar el delito con un único sentimiento, aparecen cambios relacionados con las formas de contextualizar el hecho y, también, la posibilidad de dirigir la causa de la emoción hacia otro objeto.

La indagación cualitativa asimismo cuestiona una de las formas corrientes de referirse a las emociones presentadas en el primer capítulo: hablar de ellas como si fueran autónomas y tuvieran la capacidad de imponerse sobre el individuo, al estilo de “estar paralizado por el miedo”. La inseguridad como estado permanente permite también un distanciamiento emocional respecto de la situación: hay inseguridad, esto es, hay un problema y un riesgo, pero eso no implica que el miedo se imponga sobre uno. Así, la dimensión cognitiva, la percepción de la probabilidad de que algo ocurra puede estar mediada por un trabajo sobre sí mismo para que no cause temor o, más bien, para que, a pesar del temor, no se restrinjan las prácticas habituales. Aun en el caso de mujeres que se identifican como muy vulnerables, no se considera que la emoción sea una fuerza externa que se impone sin freno, y lo más habitual es que planteen una suerte de distanciamiento gracias a un trabajo de reflexividad.

El temor no aparece entonces como una emoción que se impone sobre la razón, sino que habría una interrelación entre ambas y, sobre todo, la posibilidad de control, como vemos en este relato de Helena, cuyo testimonio ya citamos en el capítulo 3:

Yo, por ejemplo, voy por la calle. Yo sé que en la calle hay mucho riesgo, yo no me expongo innecesariamente, pero quiero salir, ir al cine con una amiga, volver a las diez de la noche, once, quedarme tomando un café después de ir al teatro en Corrientes y 9 de Julio. Y bueno, llamo un taxi desde adentro de la confitería y me vuelvo a mi casa, pero lo sigo haciendo.

En muchas encuestas de los últimos años han aparecido datos alarmantes que indican que, ante el temor, mucha gente restringe sus movimientos. El trabajo cualitativo parece sugerir que, en muchos casos, esa supuesta restricción declarada sería en realidad otra forma de expresar una crítica a la situación. Es habitual escuchar juicios tales como “ahora no se puede salir a la calle”, pero que en realidad expresan más una forma de reproche general sobre lo intolerable de la situación que una descripción de la propia práctica cotidiana.

Ahora bien, es cierto que la definición de la inseguridad como problema público es un tipo de coacción a sentir temor, sobre todo para las mujeres. Si todo es tan peligroso, no expresar temor y no tomar todas las precauciones necesarias parece implicar una evaluación errada de la realidad. Hemos hecho referencia a la expresión del temor, pero también es importante lo que genera en los demás la ausencia de emoción: en efecto, la falta de temor genera a veces más reacciones en el entorno inmediato que su expresión. Tanto es así que muchas mujeres que afirman que toman precauciones mínimas, se preguntan si no es un error “no ser miedosa”, debido a lo que observan y charlan con sus conocidos. No expresar temor es una suerte de divergencia sobre la definición de la realidad, como se desprende del testimonio de Andrea, una entrevistada de Florida, que ya presentamos en el capítulo anterior:

Hay momentos en los que yo me pregunto... Yo vivo en una casa, vivo sola con mis tres hijos, y hay momentos en los que veo la paranoia de mucha gente al volver a su casa a la noche tarde, con el auto, esas cosas... Y me pre-

gunto si yo soy muy inconsciente o si los medios, en una de esas, dan mucha más manija de la que es.

Por último, más allá del rol en el hogar, muchas mujeres adultas, lejos de la pasividad o el encierro que el mayor temor haría esperar, tienen un papel central en la gestión de los conflictos interpersonales y de la inseguridad en barrios de sectores populares: ante un robo en la calle, tratan de “tranquilizar a los ladrones”; son las que se acercan a hablar con los “chicos que están en algo raro”. Es habitual que los llamen “los chicos” y suelen sentirse confiadas en que no les harán nada porque “los chicos nos conocen”. Esto no implica una extensión del rol maternal al espacio público, pero el lenguaje femenino de la inseguridad tiene ciertos miramientos, menos presentes en el habla masculina. Los hombres pueden hablar de “los pibes”, más que de los chicos; algunos aseguran “comprenderlos un poco”, y otros, detestarlos; pueden esperarlos “armados hasta los dientes” o “darles un faso y charlar con ellos”. No obstante, en ningún caso los hombres establecen una suerte de vínculo paternal o algo similar a esa cierta familiaridad que se advierte en las mujeres.

Otro punto a considerar es si existe una relación entre punitivismo y género. Los estudios internacionales no hallan diferencias en las actitudes punitivas entre ambos sexos (Kuhn, 1993). Otamendi (2009) ha encontrado también juicios similares entre varones y mujeres en un trabajo local. Sin embargo, cuando se trata de un juicio sobre los conocidos, en una situación de proximidad, no hay duda de que los relatos de las mujeres son los menos punitivos. A su vez, los relatos punitivos de tono más militante, los de degradación moral y, probablemente, los de complicidad delito-subversión, como ya dijimos, son sobre todo masculinos. También el tipo de imágenes ligadas a la guerra o a la destrucción del otro –del estilo “acabar con todo el delito” o “si pudiera, agarraría a los ladrones y los colgaría”– son más frecuentes en los varones.

Si el lenguaje ligado al temor tiene una connotación más femenina, el que se refiere a la destrucción del otro, a un enfrentamiento armado, es claramente más masculino. ¿De aquí se puede concluir un mayor autoritarismo punitivo en los varones? Es pro-

bable que una actitud abiertamente punitiva sea más masculina, aunque esto no impide que ciertos relatos de ambos sexos, por ejemplo la alterofobia o la negación de la inseguridad, puedan acordar con las medidas punitivas, quizás de forma menos explícita, pero con un apoyo pasivo. Y así como la forma de referirse al temor es diferente en cada sexo, las manifestaciones de actitudes punitivas también pueden serlo.

En suma, la definición de la inseguridad como problema social modifica elementos de la cultura afectiva, que en general limita la expresión de temor y el sentimiento en los hombres. La inseguridad como definición de la realidad legitima el sentimiento de temor y la posibilidad de hablar del tema; no obstante, se observan formas de expresión propias de cada sexo. La diferencia central es que en las mujeres suele haber con mayor frecuencia un relato en torno a una identidad emocional, en el cual se liga el temor sentido con atributos personales y temores pasados; en los varones, se trata más bien de la inseguridad, de una inquietud suscitada por el contexto, producto lógico de situaciones a todas luces peligrosas, un atributo exterior que repercute luego en ellos. ¿Cuánto de esto influye luego en las formas de declarar el temor en las encuestas, donde en general se reproducen prejuicios tradicionales sobre los géneros? Es difícil saberlo a ciencia cierta, pero no nos cabe duda de que muchos de los hombres que fueron poco a poco relatando sus sentimientos no declararían temor en una encuesta así como muchas de las mujeres que en un principio pueden decir que se sienten vulnerables, al cabo de un tiempo podrían concluir que en verdad el temor es controlable. En todo caso, el temor no es un atributo fijo ni inmutable; va cambiando a lo largo de un relato y tal vez los estereotipos de género y las reglas de expresión se hagan más presentes en la primera fase de presentación frente al otro, como en una situación de encuesta. Sin embargo, esto no implica que necesariamente sea ésa la emoción en torno de la cual se organiza la propia vida cotidiana.